

SE acabó. Veintiún días en plan torero de tronío, repartiendo besos, saludos, abrazos y achuchones mil. Veintiún días de ajeteos, de prisas, de aviones que se cogen por los pelos, del café que se queda sin tocar en la mesa, de emociones, de pequeñas o grandes frustraciones. Veintiún días de repetir hasta la saciedad el mismo mensaje. Hoy, *Gerardo Iglesias*, presidente de Izquierda Unida, permanece en vela para recoger los frutos de una intensa campaña, en la que le han acusado de liderar un «*gazpacho*» y de no estar excesivamente sereno en sus intervenciones públicas.

Atrás quedan anécdotas, algún que otro sinsabor y un montón de horas de sueño perdidas. Había que dar el do de pecho con una obsesión: lograr un grupo parlamentario propio para «*tirar del PSOE hacia la izquierda*», en expresión del propio *Iglesias*.

El comienzo no pudo ser más desalentador. El primer mitin de la campaña se localizó en la población de Coslada, a pocos kilómetros de Madrid, considerado un feudo comunista. La desorganización de quienes debían velar para que nada fallase fue manifiesta y el mitin es-

Iglesias, tres semanas con la sombra de Carrillo a las espaldas

Rafael Quintero

tuvo poco concurrido, mucho menos de lo que se esperaba, mientras algún que otro responsable lloraba por un rincón.

Luego vino Asturias, donde *Iglesias, Gerardo*, debía moverse como pez en el agua, pues no en vano es su tierra. El mitin en el recinto ferial fue considerado un éxito por los organizadores, aunque la sombra del también asturiano *Santiago Carrillo* dividía a los de la tierra.

Así, el taxista que trasladó al informador al acto electoral afirmaba que «*de Gerardo ni me hable. Lo que ha hecho con Santiago no tiene nombre. Eso no se hace con un paisano viejo*», y añadía algún que otro impropio vinculado a las astas.

Y entre col y col, comida con militantes. Aquí surge el *Gerardo* cautivador. Una sonrisa a tiempo, un beso a una dama, eso sí, con la camiseta de Izquierda Unida, y hasta una firma sobre la espetera de una bella moza, entre los suspiros de



PLUTO

las demás, que se mueren de envidia.

Y sorpresas. En la localidad alicantina de Crevillente, la mesa presidencial de IU se encontraba en una plaza presidida por un busto de *José Antonio Primo de Rivera* y una pancarta de lado a lado del «*buen camino*» socialista. La pancarta fue «*prudentemente*» retirada. El busto, obviamente, no. Luego vendría la firma de viseras, mientras sonaba el «*Balancé*», de *Ana Belén*, y, de nuevo, a la carretera.

Valencia era el último punto de intervención del presidente de IU, antes del mitin final en Madrid de pasado viernes. El retraso ded costumbre, pero un buen ambiente. Mucha bandera y mucha gente.

La sorpresa vino del cielo. Un tormentón cayó sobre la ciudad del Turia cuando *Rafael de la Rubia*, dirigente del Partido Humanista, se dirigía a la concurrencia. «*No os asustéis*—decía, mientras se calaba hasta los huesos—, *son los truenos de Guerra y no nos van a arredrar.*»

Y al final, casi el paseillo tau-rino. «*Gerardo, mira, éste es mi hijo*», y *Gerardo*, complaciente, despeina al chaval con desenfado. «*Gerardo, ¿no te acuerdas de mí?*», y *Gerardo*, naturalmente, se acuerda.